

PERCEPCION DEL PAISAJE

Patricio Silva Jeria

Podemos contrastar lo bello, como valor, con lo útil y lo agradable: el campesino que percibe su entorno (árboles, bosque, colinas, lagos, montañas, etc.) en función de la utilidad que éste le proporciona está tan distante de una percepción estética del paisaje como el excursionista que se aventura hacia la precordillera para gozar con el aire puro de la montaña y deslizarse por su pendiente nevada. "Esta representación de la correspondencia a un fin, es decir, de la coincidencia del objeto con la idea del fin a que se destina, es lo que Ziehen llama la representación *telética*. La sensación de goce que lo útil nos produce surge y desaparece con esta idea de la adecuación a un fin. Estas representaciones y reflexiones se hallan, en cambio, totalmente ausentes del comportamiento estético. Kant señala, acertadamente, como una de las características esenciales de lo estético la ausencia de esta representación de fin, que es el elemento constitutivo de la idea de utilidad" (Kainz, 1952, p. 105). "Una finalidad sin fin", como nos recuerda también Kupareo (Kupareo, 1964, p. 30). Definida de esta manera, la belleza puede aplicarse, como valor, tanto al

arte (creación humana), como a la naturaleza (creación divina). "La belleza natural es: *evocación de ideas humanas en símbolos concretos*. No existe un objeto que sea bello o feo por sí mismo en la naturaleza". (Kupareo, 1964, p. 33). El árbol, la nieve, la montaña, el agua, ya no importan en cuanto a la utilidad que nos prestan, sino en cuanto a que nos sugieren, evocan, ideas humanas. He aquí la posibilidad de percibir estéticamente el paisaje. El mismo paisaje que vale, en un momento determinado, como fuente de supervivencia para el campesino, como fuente de placer para un turista, puede convertirse en *evocación* de una idea o un sentimiento humano (por ejemplo, abandono plenitud, soledad, miseria, pureza, etc.) para un contemplador en actitud estética.

Esta doble antítesis: entre lo estético y lo útil y entre lo estético y lo placentero, se ha agudizado en la sociedad contemporánea. La optimización de la utilidad extraíble de los bienes naturales ha limitado enormemente la capacidad del percibir estético. Ya no se percibe la montaña, la colina, el bosque, el lago, la playa, el río, el desierto, la pradera,

etc., por sí mismos, sino preferentemente en su capacidad de producir utilidad práctica (económica o placentera).

El desarrollo tecnológico y el desarrollo económico, asociados a su capacidad de producir comodidad y placer, en la sociedad contemporánea, hacen aparecer el valor estético como algo prescindible o postergable. La fuerza humana se ha incrementado vertiginosamente con ayuda de la tecnología, adquiriendo un carácter casi monstruoso, eficientemente destructivo, acortando drásticamente la capacidad de prever las consecuencias de la acción humana sobre la naturaleza. Hemos llegado al punto de poner en peligro la supervivencia misma del planeta.

Sin embargo, en la actualidad la extinción de numerosas especies animales y vegetales y la contaminación a veces irrecuperable a mediano plazo de diversos elementos (gaseosos, sólidos o líquidos) del paisaje dejan en evidencia que la propia utilidad del desarrollo económico exige una explotación racional y moderada de los recursos naturales. El agotamiento definitivo de bienes naturales económicos es una grave señal de alarma que debiera motivar la reflexión verdadera en los propios agentes productivos acerca de la catástrofe económica, ecológica y humana que significa este agotamiento casi satánico de los bienes de la naturaleza. Una encuesta ambiental realizada por el Departamento de Ecología de nuestra Universidad, por ejemplo, ha dejado en evidencia que uno de los mayores problemas de Santiago es el crecimiento exagerado de la ciudad, el que trae consigo

otros problemas como: la pérdida de terrenos agrícolas de alta calidad para destinarlos a usos urbanos, la contaminación de ríos y aguas marinas con aguas servidas y desechos industriales y mineros, la basura, la polución atmosférica, el hacinamiento, etc. Estos problemas ambientales están dañando fatalmente la calidad de vida de la población. Hemos llegado pues a un punto en que lo que se ha dado en llamar un *desarrollo sustentable*, que tenga en consideración una evaluación del impacto ambiental científicamente determinado de las actividades productivas, permitiría también la consideración de valores estéticos como parte de esta calidad de vida de la sociedad contemporánea. Es posible, entonces, recuperar el sentido estético del paisaje promoviendo un consenso que no tendrá por qué obstaculizar el sentido utilitario de las actividades productivas.

Esta situación de "conciencia de crisis" de la sociedad contemporánea es algo diferente a la que conoció Luis Oyarzún, a fines de la década del sesenta y comienzos de la del setenta. En su libro *En defensa de la Tierra* denuncia: "...está desapareciendo debajo de nuestros pies la tierra que amamos (...) la avidez, la ignorancia, la incuria, todos los males del alma empobrecen la tierra y la destruyen (...) En lugar de los ritos de celebración terrestre, nos entregamos a las grandes ordalías de los bosques en llamas" (Oyarzún, 1973, pp. 2, 3, 5). En este mismo libro, el profesor Oyarzún promueve su propuesta estética: "Hay que estimular no sólo el conocimiento de la necesidad de los árboles, con sus innumera-

bles usos. También la conciencia de su belleza (...) Sin duda el descubrimiento de los valores estéticos del mundo físico es una de esas altas instancias que mejor revelan el nacimiento concreto del espíritu humano, por lo menos en dos funciones que le son inherentes y que son trascendentales por igual en su sentido: la capacidad de contemplación y la identificación estética (...) A través de los cristales reverberantes de la magia, con todas sus asociaciones de colores y perfumes, cada cultura ha expresado (...) en flores emblemáticas sus anhelos, temores o éxtasis, su deseo de vida y su afán de absoluto. Trátese de la flor de lis, del milenrama del *I Ching*, de la vid o de la mandrágora (...) Por eso, revelar estas experiencias ancestrales, lejanas y próximas, a un país que quema sus árboles, es tarea necesaria, urgente, vital" (Oyarzún, 1973, 99. 25-26).

Pensamos que atender al cuidado y al respeto del paisaje no es una empresa destinada al fracaso, como hubiese parecido en la época en que Oyarzún escribía estas páginas.

En su libro *En defensa de la Tierra*, el poeta y profesor evoca las orquídeas chilenas, el alerce, la araucaria, el roble, los álamos, la palma chilena (en extinción); los animales de nuestra fauna; repara en el smog de Santiago; en la contaminación de ríos, playas y lagos; en

los incendios intencionales y casuales de bosques. Recurre al auxilio de nuestros escritores: Miguel Luis Amunátegui, Andrés Bello, Gabriela Mistral; a sabios como Federico Johow, Darwin, el botánico Carlos Muñoz Pizarro, Claudio Gay, Rodolfo Philippi, Vicente Pérez Rosales, los jesuitas Molina y Lacunza, Benjamín Vicuña Mackenna —quien en 1855 predecía que Chile sería un desierto—, Rafael Elizalde Mac Clure, autor del libro *La sobrevivencia de Chile*. No faltan en sus páginas referencias a Eduardo Frei Montalva y al entonces Canciller Gabriel Valdés, ni tampoco una nota a Jacques Rousseau, entre otros.

La naturaleza no es ni fea ni bella; nosotros, al convertirnos en contempladores, en una actitud estética, tenemos la capacidad de otorgarle un valor estético. Dice el Doctor Kupareo: "Lo bello y lo feo no existen en la naturaleza: existen sí lo íntegro y lo defectuoso (...) Un objeto imperfecto, defectuoso ('feo' en el sentido vulgar), puede tornarse bello en la intuición estética. No hay objeto en la naturaleza, sea perfecto o imperfecto, que no pueda convertirse en símbolo de una idea humana, positiva o privativa. Todo el cosmos se torna bello para un esteta; todo el cosmos, positiva o privativamente, habla de la presencia del Autor Supremo" (Kupareo, 1964, p. 35).

Bibliografía

- KAINZ, Friedrich, *Estética*, Fondo de Cultura Económica, 1952.
 KUPAREO, Raimundo, "La belleza natural". En: *El valor del arte*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1964.
 OYARZÚN, Luis, *En defensa de la Tierra*, Editorial Universitaria, 1973.

